



### III

#### Octavia Merle.

EN el corralón en que vive Georgina, el corralón del Laurel Azul, pasé ayer un rato muy agradable y muy triste. Lo agradable no vino hasta el final, cuando creí comprender que la confesión de sus sufrimientos había tranquilizado á aquella alma aniquilada por el silencio. El silencio de las personas religiosas está lleno de conversaciones con Dios; pero el de esos desgraciados que no creen en nada, pesa como la losa de un sepulcro sobre el dolor siempre vivo.

Cuando entro en las casas de los pobres en donde me conocen, hay mujeres que miran primero el saco de seda negra en donde guardo mis bonos de pan y de carbón; también hay algunas que lo primero que miran son mis ojos, y éstas son mis amigas. No todas hablan conmigo. Para tener derecho á compadecer á un desgraciado es necesario haberlo adquirido. Y, á veces, se adquiere á un precio muy elevado.

Yo saludaba desde hacía cinco ó seis años á Octavia Merle, la mujer que vive en el piso cuarto izquierda, en las guardillas. Las vecinas me habían hablado muy bien de ella, lo que es bastante raro.

—¡La Merle! ¡Ah, señorita, esa sí que es desgraciada! Mantiene á dos hombres, al suyo y al hermano del suyo; dos gandules, se lo aseguro á usted. Se mata á trabajar. Pero no le pedirá á usted una limosna. No, no puede; se calla y delante de usted ni siquiera hablará de sus penas.

Ahora bien: ayer llamé á la puerta que hay á la derecha de la suya. Quería preguntar por una muchacha —una locuela y una parlanchina,—que me había suplicado que la inscribiera en la lista de Beneficencia. Debía haber tenido su tercer hijo durante el veraneo. Y al regresar del veraneo, que tuvo que prolongar aquel verano, fuí á visitar á la madre y al niño.

Llamé una, dos, tres veces. Nadie respondió. En la caja de la escalera, el viento, aspirado por el tragaluz de algún camaranchón, rugía ó silbaba al ascender. Dí una vuelta para bajar. La puerta de la izquierda se entreabrió y apareció el pálido, el demacrado y trágico rostro de Octavia Merle.

—¿A quién busca usted?

—A su vecina, Octavia.

—Ha muerto.

—¡Ah!... ¡Pobre mujer! ¿Cómo ha sido eso? ¿Conque ha muerto?

—¿Quiere usted que sólo mueran la personas honra-

das?... Por mucho que llame usted nadie la oirá... Todos se han marchado... No los echo de menos...

Decía esto secamente, con una llamarada de ira en los ojos y el secreto placer de mortificarme. Sin embargo, los labios, todos cortados, no temblaban solamente de odio al pronunciar estas palabras, sino de frío, de angustia, de debilidad.

—Si tiene usted curiosidad por saber á quién socorría—continuó,—entre usted en mi casa; yo se lo diré.

Lo que iba yo á saber sobre todo, ya y lo presentía, era la vida de la que me hacía este ofrecimiento. Sentéme en medio de la salita aguardillada, junto á la estufita de hierro colado, que mezclaba su tufo al olor nauseabundo de los cueros ensebados. Octavia Merle era guarnicionera. Montones de cañas y de chanclos cubrían la estrecha tabla de una máquina de coser que la pobre mujer había puesto entre la estufa y la ventana. Octavia apoyó los codos en ella y, por no mirarme, miró hacia afuera.

—Tengo muy mal la vista—dijo.—He trabajado demasiado y ahora me duelen los ojos en cuanto me fijo.

Por la ventana veíamos un panorama de tejados y de cielo; muchas techumbres de pizarra, chimeneas, postes, alambres é infinidad de columnas de humo, que son vidas que el viento atormenta.

Permaneció silenciosa un momento y luego me contó en pocas palabras, sin emoción aparente, sin cesar de mirar los tejados, lo mal que le había salido su matrimonio. Se había casado con un hombre más joven

que ella, enclenque, declarado inútil para el servicio militar por su mala constitución, y que no había visto en el matrimonio sino un medio de no trabajar. —«Yo era fuerte,—decía Octavia—no le hacía ascos al trabajo, creía todo lo que mi marido me contaba sobre los largos paros que había en su oficio de mecánico, sobre la dificultad de colocarse en otro taller. Y además, entonces, yo le amaba; era un chiquillo. Yo comprendía que era débil, poco juicioso y tenía miedo de perderle. Algunas veces le ha encontrado usted en el corralón del Laurel Azul; él la conoce á usted, me lo ha dicho. Es un hombre muy fino; parece un caballero; jamás le he oído una palabra malsonante mientras he podido ganar lo necesario; ni siquiera bebía. Yo le amaba.»

Por el tono con que decía esto, comprendí que aún le quería. La pobre criatura se estaba matando por mantener á su marido. Este trajo pronto á su casa á un hermano suyo que estaba enfermo del pecho, que se moría poco á poco y que se curaba bebiendo; y obligada á trabajar para los dos hombres y para dos hijos nacidos en los primeros años de su matrimonio, Octavia había estado cerca de cuatro años sin apartarse de aquella máquina, sobre la cual se amontonaba ahora el trabajo atrasado, durmiendo dos horas al día, atormentando sus ojos, sus manos y sus nervios, con objeto de que su corazón no padeciese. Entonces sucedió lo que hubiera debido adivinar, lo que tal vez había previsto; se puso hecha una vieja en pocos meses y su marido la abandonó.

Por la estrecha ventana, contemplaba Octavia los tejados de la ciudad, cada uno de los cuales oculta una pena ó un dolor. Para hablarme del infiel ella, tan dura cuando juzgaba al taller, á sus compañeros, á su cuñado, á sus hijos, empleaba palabras llenas de indulgencia, palabras que manejaba con instintiva prudencia, como si hubieran sido armas que pudiesen herirla á ella misma.

—¡Ha sido siempre tan atolondrado!... Antes me quería... Si no se hubiese dejado llevar por el otro, no me vería yo ahora abandonada y más enferma de lo que los médicos creen. Volvía siempre muy tarde; á veces, á la madrugada. Siempre me encontraba trabajando y nos peleábamos. Tal vez me hubiese tenido más cuenta el no decir nada, pero ¿cómo hacer esto cuando el corazón está hecho una pura llaga?

Todo lo que he hecho me ha salido mal. Mire usted, á esa vecina á la que usted ha socorrido muchas veces, también la tuve yo lástima. No era casada; siempre estaba de jarana, siempre riendo. Últimamente no nos hablábamos. Pero cuando tuvo su tercer hijo, las vecinas me dijeron: «De esta no sale,» y fui á verla. No tenía que hacer más que atravesar el descansillo para entrar en su casa. En cuanto me vió —la cama estaba en el fondo de la habitación, que es igual á esta,—me dijo: «No debía usted haber venido.» Y yo creí que se acordaba de los desprecios que le había hecho algunas veces. No abultaba nada bajo las mantas, parecía una niña. Tenía fiebre. A su lado,

en la misma cama, estaba el recién nacido, al cual había tapado la cara con un pañuelo. Le hablé, como se hace en tales casos, de su salud, del tiempo, del médico y de las vecinas. Me miraba como si yo fuese la muerte. No tenía más que ojos, dos agujeros muy oscuros con una lucecita que temblaba allá en el fondo. Entonces pensé que había llegado su última hora, que los niños iban á quedar abandonados, que era una lástima y le pregunté: «¿Quién es el padre del pequeño?» Hizo un gran esfuerzo para volver la cabeza del otro lado y mientras yo la ayudaba con mis dos manos, respondió: «¡No puedo decir su nombre delante de usted! ¡No puedo!...» Tres días después había muerto.

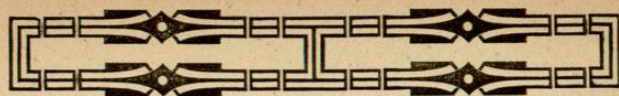
—Y el niño, ¿qué fué de él?

—A los dos mayorcitos los metieron en el Hospicio... El pequeño... yo no podía consentir que se lo llevase cualquiera, ¿no es verdad? y me quedé con él. Pero ahora me van á faltar las fuerzas para mantener á tanta gente, señorita...

El sol poniente comenzaba á dorar los tejados. Era más denso el humo que salía por las chimeneas. Negros nubarrones formados por el humo y la neblina deslizábanse, empujados por el viento, por encima de la ciudad. Estuve hablando todavía como una media hora con Octavia Merle, que se había inclinado otra vez sobre su máquina y había reanudado su trabajo.

Luego me volví á mi casa fluctuando, como me sucede muchas veces, entre la tristeza y la admiración.

Me preguntaba en dónde tales criaturas, que ya no poseen la fuerza de la fe, encuentran ese valor heroico, esa ternura, esa paciencia sobrehumana. Y me respondía que se sustentan aún, moralmente, de los restos de las virtudes y de los méritos de sus ancianas madres creyentes y ya desaparecidas.



#### IV

##### El tío Mulot.

Es un buen hombre; todo el mundo lo dice, y, aunque no me gusta esta locución tan vaga, que puede ocultar tanta culpabilidad ó inconsciencia, la empleo al hablar del tío Mulot. Me sería imposible expresarme de otro modo, porque para juzgarle es necesario no profundizar demasiado y compararle con los que le rodean.

Le llamo buen hombre porque debía ser malo y no lo es. Este es un milagro frecuente y gracias al cual vive aún la sociedad. Nuestros sobrinos lo explicarán.

El tío Mulot es, desde hace treinta años, escardador de lana en una fábrica de tejidos. Su hijo mayor escarda también, y su hija, á quien ha tenido la ocurrencia de llamar Silvia, es *atadora*, lo cual quiere decir que anuda, cuando está el telar en movimiento, los dos extremos del hilo que se rompe. De modo que son tres los Mulot que ganan y que viven fuera durante doce

horas seguidas. En casa quedan tres; la madre y dos niños pequeños que bastarían por sí solos para destruir una naturaleza más robusta; uno de ellos, porque es alborotador, travieso é incapaz de estarse quieto; el otro, porque siempre está malo. En casa de los Mulot jamás ha faltado el pan, ni el carbón, ni siquiera el haz de leña que echan en la chimenea, cuando hace demasiado frío, á la hora en que el padre vuelve del trabajo. No son pobres, precisamente; pero el campo de la miseria es mucho más extenso que el de la pobreza. La tía Mulot me contó sus penas. Un domingo por la mañana estábamos ambas sentadas, delante de la chimenea, en la salita del piso bajo, adornada con cromos y con estampas iluminadas, en vez de las imágenes piadosas de antes.

—Han salido todos, señorita,—me decía,—todos: mi marido, José, Silvia y los dos pequeños.

—¿Adónde han ido?

—A comprar el periódico.

—¿Se ocupan ustedes de política?

La tía Mulot se había recogido su falda de lana negra, y la sujetaba entre sus dos manos y entre sus dos rodillas. Así, inmóvil é inclinado su cuerpo, completamente encorvado, hacia la ceniza de donde salía suave calorillo, sólo respondió al pronto con una sonrisa y una mirada dirigidas al hogar. El rostro demacrado, demasiado anguloso, uniformemente pálido de la tía Mulot, se iluminó durante un segundo, como el tejado de un viejo caserón sobre el cual pasa un cohete.

—¡Oh!—dijo,—la política...; para ocuparse de ella es necesario ser rico. Hasta el año pasado no comprábamos nunca el periódico, por economía. Pero ahora, como José es ya un hombre, si no tiene algo que leer no se quiere quedar en casa los domingos. Así se distrae, se entretiene, pero está cambiando mucho...

—¿Pues qué periódico le compran ustedes?

Me dijo el nombre de un diario socialista y, adivinando que yo no aprobaba, añadió:

—Al principio hubiésemos podido comprarle cualquiera, y lo mismo le hubiese gustado. Pero ni su padre ni yo entendíamos nada de periódicos. La primera vez que Mulot salió para comprar uno, le dije: «Cómpralo en el estanco y cógelo del montón en que haya más.» Pensé que éste sería el mejor, y ahora veo que mi hijo empieza á decir de los curas cosas que no están bien. Pero se queda en casa, y esto es lo principal... Después de todo, es más fácil de manejar que su hermana.

—¿Silvia?

—Sí, señorita; una chiquilla muy linda, muy aficionada á divertirse, á componerse, y que está en la edad de las locuras.

—¿Cuántos años tiene?

—Pronto cumplirá diez y seis. Y no siente la menor afición por la lectura. Lo que es á ella no se la puede tener sujeta en casa con un periódico. Le gustan mucho las amigas, pero su padre tiene mucho cuidado. Yo creo que todavía es más severo que yo. Con Silvia es muy exigente.

Por la mañana la acompaña hasta la puerta del taller; yo los veo marcharse en cuanto es de día; ella, casi siempre á remolque, acabando de arreglarse el pelo, ó de abrocharse la chaqueta y echando luego á correr para alcanzar á su padre, que va delante, siempre al mismo paso, como un carretero. Á las once se ven otra vez en el *restaurant*.

—¿No vienen aquí á comer?

—Les falta tiempo, señorita. No les dan más que hora y media para almorzar y vivimos demasiado lejos para ir y venir. No, almuerzan con sus compañeros en *El Emparrado*, en el salón en donde se baila el 14 de Julio; ¿sabe usted en dónde digo, señorita?

—Sí.

—Á la gente joven le gustaría hacer rancho aparte, pero mi marido no quiere. Sabe que de las grandes reuniones salen siempre las parejitas, y tiene miedo. ¡Hay tantos tunantes en la fábrica, tantos muchachos que ni siquiera han oído hablar nunca de una buena acción! Como ven á mi marido y á José al lado de Silvia, no se acercan mucho. ¡Pero los domingos! ¡Los domingos sí que nos vamos á ver en un apuro!

—¡Mande usted á su hija á la doctrina, al convento!

—Ya lo he hecho. Su padre y yo teníamos miedo de que las monjas no la admitiesen, porque Silvia se ha educado en la escuela laica, pero no; hace seis meses iba todos los domingos, se entretenía, veía á otras muchachas de su edad y volvía contenta... Pero quiso la desgracia que...

La tía Mulot, pareció buscar con el dedo y esconder en el lagrimal una lágrima que solía estar pronta á aparecer.

—Quiso la desgracia que...—añadió,—el domingo pasado la despidieran.

—¿Por qué?

—Porque cantó: «¡Ven chiquita, ven!»

—¡Eso es imposible, tía Mulot!

—Ahora se lo dirá ella misma; ya está de vuelta.

Volvía, en efecto. Abrióse la puerta y el tío Mulot entró el primero. Era alto y tenía el pecho hundido y la cara toda llena de pelos grises; bigotes, patillas, cejas, mechones suplementarios que crecían libremente y entre los cuales rebrillaban dos ojillos pequeñísimos, muy negros y prontos á inflamarse como dos granos de pólvora. Llevaba una bufanda y un terno de tela ligera. Como el invierno no había terminado aún, todo el lujo de la familia se había acumulado en Silvia. Ella era la única que debía ir abrigada. Ella era la única que iba casi elegante. Llevaba guantes de cabritilla, —llenos de descosidos, eso sí;—una falda azul con dos volantes; un abrigo á la moda con mangas en forma de globo desinflado; un cuellecito recto; una corbata multicolor y un sombrero de tres picos; y no hubiese parecido fea, con su naricilla respingada, sus labios gruesos y rojos como un pimiento y sus ojos rasgados y muy vivos, á no ser por la insolencia que se advertía ya en ella, una insolencia completamente desarrollada, irremediable y dominante. La tía Mulot volvió la

10693

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

cabeza, yo me levanté y cuando tendí las manos á los recién llegados, Silvia me dedicó una sonrisa, la sonrisa que siempre hubiera debido verse en sus labios. Es una pena muy grande, para los que visitan al prójimo, sobre todo á los pobres, el pensar en lo que podían ser. Empezamos á charlar, pero en cuanto pronuncié el nombre del asilo, fué otra Silvia la que me respondió ofendida, irritada, intratable.

—¡Sí, por una canción! ¡Me han insultado por una canción! ¡No volveré más! ¡Ni usted, ni mi madre, ni mi padre me obligarán á volver!

—Aunque pudiese, no la obligaría á usted, Silvia, esas cosas se deben hacer por gusto. Pero, ¿qué va usted á hacer ahora los domingos?

El padre respondió por ella. No había cesado de mirarla, con inquieta admiración, con el secreto temor de los que no tienen más que un medio de acción, la autoridad, y no saben si será suficiente.

—¡Pues bien—dijo:—renunciaré á mi partida de bolos y llevaré á Silvia á paseo! ¡Ahí tiene usted lo que hará!

En la sala resonó una alegre carcajada. El tío Mulot no sospechó nada, pero su mujer tuvo el sentimiento de la nota falsa y perversa. Me pareció más pálida, más flacucha, más encogidita que antes, y, al acompañarme poco después hasta la puerta, me dijo:

—Ya no la podremos manejar tan fácilmente.

No se explicó más. La frase vaga se extinguió en la obscuridad de la calle y yo me alejé.

Como yo había adivinado, á Silvia no la expulsaron del asilo; la habían reprendido, no por haber cantado, sino por haberse peleado con otra muchacha. Volví á encontrarla varias veces, por la noche, á la hora en que salen de la fábrica, llenando las calles inmediatas, verdaderos ejércitos mixtos, y entre las mujeres que volvían en grupos de cinco ó seis, despeinadas, con la boca entreabierta para hablar, para reír ó para aspirar el aire libre, vi una que me hacía una seña amistosa. El padre no estaba nunca lejos.

El tío Mulot cumplía lo prometido. Él, poco amigo de andar, jugador de bolos y aficionadísimo á pasarse las horas muertas en la taberna, salía todos los domingos á las afueras y hasta al campo. Veíasele en los bosques de los alrededores de París, devastados y recorridos por los transeuntes día y noche, cogiendo prímulas y violetas.

—Silvia,—decía,—vamos á coger flores para adornar la casa. ¿Quieres?

Ella accedía, pero sin entusiasmo. Y al anoecer, cuando volvían á su casa llevando en la mano un ramo de flores atado con un bramante, oían decir á los inquilinos de las casitas que había en el camino y que estaban sentados á las puertas aspirando el polvo y los escasos olores agradables que por casualidad llegaban hasta ellos: «No veis qué bien huele la glicina? Debe de ser la de ese jardín grande.» No, la glicina era Silvia con sus ramos, Silvia que se contoneaba y sonreía levemente en la obscuridad al oír el cumpli-



miénto. Otras veces, el buen hombre cogía una caña de pescar, su hija cargaba con el cesto de las provisiones, y se iban al río, y se instalaban en un prado, en un sitio en donde el fango de los ribazos, lleno de pisadas, demostraba que los remansos ó las mimbreras tenían buena reputación. Pero ya pasearan por el este, por el oeste ó por el mediodía, el tío Mulot se daba cuenta de que su hija no le seguía más que por fuerza. Al terminar la primavera, una mañana que iban al campo y que Silvia se quedó un poco detrás, la sorprendió haciéndose señas con tres obreros de la fábrica que estaban escondidos tras la esquina de una callejuela. Tuvo el presentimiento de una desgracia; comprendió que toda la buena voluntad, toda la severidad y hasta todo el amor de un viejo como él no bastarían para retener á Silvia. Y, al domingo siguiente, cuando llamó á Silvia para ponerse en camino, no recibió contestación.

Esperó, se asustó en seguida, corrió á casa de los vecinos é hizo que se reuniese en torno suyo el gentío que, al menor escándalo, sale como por encanto de todos los patios, de todos los corredores, de todas las guardillas.

—¿No la han visto ustedes? Llevaba su sombrero con la pluma azul, su corbata rosa...

Pero nadie la había visto. Tuvo la insensata ocurrencia de levantar las tablas que tapaban el pozo; corrió luego á la comisaría, en donde no sabían nada, á casa de amigos que vivían muy lejos, á los cafés en

donde más de una vez habían descansado ambos, y cuando á las cuatro de la tarde, volvió extenuado, la tía Mulot, que se había quedado en su casa, le dijo, blanca como el papel, al abrirle la puerta:

—¡Ya has perdido á tu hija, Mulot! El estanquero la ha visto marcharse en bicicleta con dos muchachos de la fábrica.

Entonces, los vecinos se agruparon nuevamente en torno del pobre hombre, que gritaba:

—¡La mataré! ¡Si vuelve á presentarse ante mi vista la mato!

Y corría de una habitación á otra, enseñando los puños á la cama de Silvia, á los cuadros que estaban colgados encima y á los jugadores de bolos, sus amigos, que procuraban tranquilizarle. A las cinco había en la casa tanta gente como para un entierro, y mucha más agitación. Los chiquillos lloraban; las mujeres y los hombres formaban corrillos y charlaban en voz baja. Era casi de noche. Ya no se veía al tío Mulot que estaba en el fondo de la segunda habitación sentado en una silla y rodeado de unas veinte personas, entre hombres y mujeres, que parecían tan furiosas como él y le escuchaban con gran atención. La voz sólo se oía de cuando en cuando, temblorosa y vibrante:

—¿Qué no he hecho yo por ella?—gritaba Mulot.—  
¿Puede decir alguien que no la he educado bien? ¿No ha ido al colegio? Ahora mismo acabo de encontrar sus cuadernos en el armario... Miren ustedes lo que

dice en ellos;—se oía el roce de las hojas torpemente manejadas;—vean lo que dice:

«La modestia es indispensable á las muchachas.»  
¿No es esto una excelente lección?... Pues escuchen ustedes ahora: «El progreso de todos no puede obtenerse sino merced á la moralidad de cada uno.»  
¿Qué tal? ¡Ya ven ustedes cómo la hemos educado!... ¡Y nunca ha ido sola á la fábrica!... ¡Y los domingos!... Les digo que como mi hija vuelva, la mato!...

Las respuestas surgían irregularmente, tímidamente. Un hombre decía como hablando consigo mismo:

—Yo no haría más que pegarla.

—Los muchachos de ahora... se ven solicitados por muchas cosas—añadía otro.

Y una mujer murmuraba sin explicarse más:

—No nos ayudan lo que debieran, Mulot, no nos ayudan.

Y se hizo completamente de noche y Silvia no había vuelto aún.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFUNSO REYES"  
V. 1625 MONTERREY, MEXICO

### La cerca de espinos.

HE pasado parte de la Cuaresma y los quince días siguientes á la fiesta de Pascua de Resurrección en una comarca que considero muy hermosa. Apenas me atrevo á decir, como el poeta, que me parece muy digna de ser amada. Me refiero á la Beauce. Esta región es monótona para los que la cruzan en el tren; es grande y hermosa para los que en ella viven. En cuanto á que carece de bellezas, estoy dispuesta á sostener y á demostrar que no hay injusticia mayor—hablo de las injusticias que se cometen con las cosas.—La Beauce tiene las mismas ondulaciones que la mar en calma, el mismo aspecto, plácido, uniforme, unido; tal vez haya en ella menos árboles que barcos en la mar; entre las colinas que la rodean da la impresión de una fuerza prodigiosa, incapaz de reposo, activa y oculta en las profundidades adonde la luz no llega, pero que surge de cuando en cuando, y sube á la superficie y se revela en un remolino, en una sacudida, en reflejos que tie-